

INFANTIL

---



© Del texto: 2006, Janina Pérez de la Iglesia

© De esta edición:

2006, Santillana

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono: 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,  
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,  
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,  
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-601-6

Registro legal: 58-347

Impreso en Perú

© Ilustraciones de cubierta e interiores: Rafael Hutchinson

Octava reimpresión: abril de 2016

Novena reimpresión: marzo de 2017

Décima reimpresión: mayo de 2019

Undécima reimpresión: octubre de 2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, ni transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

# Los delfines están llorando

---

Janina Pérez de la Iglesia

Ilustraciones de Rafael Hutchinson





# Índice

I. Bahía Esperanza .....	11
II. Tina .....	19
III. Tiburón .....	24
IV. La procesión .....	31
V. El milagro .....	36
VI. La llamada .....	43
VII. Un amigo .....	46
VIII. Regañños .....	51
IX. Felices .....	55
X. La captura .....	60
XI. Las Palmeras .....	64
XII. Mal agujero .....	70
XIII. En cautiverio .....	75
XIV. ¡Los encontramos! .....	82
XV. ¿Quién eres tú? .....	88
XVI. Promesas .....	96
XVII. Mentiras .....	103
XVIII. Tres semanas .....	109
XIX. El dragón .....	116
XX. Entrenando .....	124
XXI. Enemigos .....	129
XXII. El espectáculo .....	135
XXIII. Dudas .....	141
XXIV. Adiós, Pamela .....	145
XXV. Accidente .....	149
XXVI. ¡Pobre loco! .....	154
XXVII. Último día .....	157
XXVIII. Pesadilla .....	162
XXIX. Amanecer .....	166
XXX. En casa .....	173
XXXI. De pesca .....	179
A modo de epílogo .....	185



## Bahía Esperanza

Agustín no entendía por qué pero los días buenos siempre se demoraban en llegar. Primero había sido su cumpleaños. Mayo se arrastró lento como culebra hasta alcanzar el día treinta, que duró lo mismo que el bizcocho: nada. De recuerdo quedaba el diez de papel que su madre había colocado en la cima del dulce, y que de milagro sus amigos no se habían comido también.

Al niño le gustaba el diez. Cada vez que miraba a la cocina y lo veía, inflaba el pecho y caminaba con las piernas bien abiertas, igual que su papá.

A la mosca que vivía detrás del fogón también le gustaba el diez. Se pasaba todo el día encima del número, dejando en la superficie azul del papel unos punticos negros y brillantes.

“Pobrecito. Está enfermo el diez”, decía Agustín a su madre. Pocos años atrás su piel también se había llenado de manchas. Pero el nombre de la enfermedad ya lo había olvidado: era largo y difícil de pronunciar.

Después del cumpleaños se enredaba con los libros para sacar los exámenes. Dos semanas que parecían no tener fin. Dos semanas de encierro, en

las que veía el mar de lejos, a través del cuadrado de su ventana, mientras recitaba una letanía de verbos, plantas, héroes, ecuaciones y nombres de planetas. El último día soltaba libros y zapatos para lanzarse a la playa como loco, entre un tumulto de muchachos tan desesperados como él. ¡Libres! Y en medio de las vacaciones, la fiesta.

—Mañana será —dijo el padre.

—¡Mañana! —suspiró Agustín.

El pescador se paró clavando los pies en el fondo del bote. Los dedos eran tornillos incrustados en la madera. Agustín miró con disimulo sus propios pies, que ya comenzaban a curvarse en la punta. La planta callosa estaba tan dura como la suela de los zapatos que nunca se ponía. Podía estar orgulloso, en poco tiempo tendría unos magníficos pies de pescador.

—Vamos a subirla —dijo el padre.

Las manos enormes comenzaron a halar por el extremo del cabo. Las pequeñas de Agustín halaban también, con menos fuerza, pero con el mismo deseo de ver llegar la atarraya a la superficie del mar.

—Parece que hoy tendremos un buen día —auguró el pescador, que sentía el peso de la atarraya enterrándosele en los dedos.

—Seguro que ni caben en los canastos —respondió su hijo.

En Bahía Esperanza la suerte siempre era buena. Llegaba del cielo, decían por ahí a falta de explicación mejor, pues nadie entendía que el pequeño pueblito no hubiese sido tragado aún por el remolino insaciable del progreso. En toda la costa

no quedaba sitio donde la pesca diese para comer y vender. Los pescadores se marchaban a las ciudades, y los pocos que quedaban se olvidaban de tirar el anzuelo y empleaban sus manos curtidas de sal en tejer sombreros de fibras de coco, que luego ofrecían a los turistas como la fórmula milagrosa que los salvaría por siempre del sol. El mar estaba cansado. Los barcos pesqueros echaban sus redes enormes y arrasaban con todo. Toneladas de pescado que se llevaban lejos, a los grandes frigoríficos.

En las orillas, una cadena sin fin de hoteles, fábricas, hoteles y más fábricas, vertían tanta suciedad al mar que ni el sol lograba arrancarle reflejos a la superficie del agua, que como plomo derretido lamía la costa. Un mar triste; sin peces, sin brillo, sin olas. Era todo lo que quedaba para recordar los buenos tiempos.

—¡Esto pesa bastante! —jadeó el pescador mientras tiraba.

—Creo que te llevaste todas las piedras del fondo.

—¿Piedras? ¿Qué te has creído, renacuajo? ¡Mira lo que viene ahí!

La atarraya subía repleta de peces.

Plateados, grises, rojizos, tornasolados. Un revoltijo de cabezas y colores cayó aleteando al fondo del bote. Agustín corrió a ubicar los canastos cerca y comenzaron a desprender los pescados de la red. Debía tener mucho cuidado, a veces los bordes de las aletas estaban tan filosos que hasta su padre se podría afeitar la barba con uno de ellos.

—¡Mira éste! —exclamó, sosteniendo en la palma de la mano una mojarra regordeta. Brillantes

hilos dorados le recorrían el cuerpo desde la cabeza hasta la punta de la cola, atravesados en los extremos por dos franjas negras.

—Gracias a la Virgen del Mar —le recordó su padre. Y no dijo más.

Trabajaron un rato en silencio. Francisco era de pocas palabras: en medio del mar eran más útiles dos oídos que una lengua, decía siempre. En eso su hijo no era muy bueno, hablaba y hablaba sin encontrar nunca el fin de las conversaciones.

—¿Irás por la tarde a venderlos? —preguntó Agustín, tan sólo por preguntar.

—Iré. Tengo que salir de ellos. Mañana no hay pesca.

—Ah... sí.

Encorvó la espalda y trabajó otro poco. Los canastos se iban llenando con rapidez. El de su padre siempre se llenaba primero. Claro, si las manos parecían cucharas gigantes que no paraban de palear. Pero algún día...

La piel desnuda le comenzó a escocer. El sol de las doce lanzaba sus dardos calientes y la superficie del mar bullía como si le estuviesen dando candela por debajo. Estaban a punto de volver.

—¿Me dejas bajar un momento?

Francisco se sonrió por dentro. Ya le extrañaba que el pedido de todos los días no hubiese llegado aún.

—Bueno. Pero no mucho. Tu madre debe estar esperando.

Agustín desprendió la cola del cordel que la sujetaba y un chillo manchado se fue al canasto con cara de pocos amigos. Desparramados por las



tablas del fondo quedaban algunos pescados que su padre recogería sin necesidad de ayuda. En dos zancadas Agustín cruzó sobre los canastos alcanzando el costado del bote. El reflejo del agua le encandilaba los ojos. Encogió las piernas flacas como si fuesen las ancas de una rana, inspiró hondo y saltó.

El mar le envolvió el cuerpo produciéndole una agradable sensación de frescor. Pateó con fuerza para mantener el impulso y abrió los ojos. A su alrededor los rayos del sol formaban cristales de luz en tonos verdes y dorados. Intentó atraparlos con las manos, pero siempre se le escapaban cuando cerraba el puño sobre ellos: subían, bajaban, o se le iban por los costados. Ya casi se acababa el aire de sus pulmones cuando vio la sombra.

Primero creyó que era alguna planta del fondo. Como no estaban lejos de la costa, la vegetación y los corales abundaban por todos lados. Pero la sombra no permanecía quieta; por el contrario, venía directo hacia él. Braceó con fuerza hasta la superficie, sacó la cabeza y respiró agitado. Su padre, de espaldas a él, enrollaba la atarraya vacía y silbaba. Abrió la boca... y lo pensó mejor. Si le decía de la sombra el pescador lo sacaría inmediatamente del agua. Entonces se marcharía a casa con la curiosidad picoteándolo por dentro: que si sería un tiburón gigante, o tal vez una ballena que extravió la ruta, o una manta, o una sirena, o quién sabe.

Estaba decidido: por su propio bien tendría que ver aquello fuese lo que fuese. Se zambulló de golpe, y casi le mete la cabeza a la enorme tortuga que se paseaba como si nada por el agua.

La carey lo dejó pasmado. Jamás había visto una de esas nadando tan de cerca.

A la tortuga no le sucedió lo mismo. Miró al niño con desgano desde la profundidad de sus ojos oscuros, como si encontrarse con uno de esos ejemplares fuese cosa de todos los días. Tenían casi el mismo tamaño.

El caparazón naranja y café brillaba sobre el fondo azul del mar. La cabeza manchada de negro terminaba en un pico, que le pareció al niño más apropiado para un pájaro que para ella.

Pero a la tortuga poco le importaba lo que pensara Agustín de su pico. Moviendo las patas con toda la calma del mundo pasó por su lado. El niño estiró el brazo, deslizando la yema de los dedos sobre el borde duro del carapacho. La tortuga dio media vuelta y se marchó.

—¡Papá! ¡Una carey! ¡Acabo de verla! —gritó Agustín manoteando en el agua para no hundirse.

—¿Una carey? —se extrañó el padre, mientras lo ayudaba a subir al bote.

—¡Sí! ¡Hasta me dejó que la tocara!

—Bueno, eso es porque no tiene miedo. ¡Pero ay de la pobrecita si se va por ahí!

—¿Se la comerán?

—Sí. Se comen la carne y los huevos. Pero más por el caparazón. Vale mucho dinero.

—Aquí nunca haremos eso, ¿eh? —dijo Agustín, mirando con pena hacia el sitio por donde se había marchado la tortuga.

—¡La Virgen nos libre! —El pescador hizo rápido la señal de la cruz y se fue hasta la popa a ponerle rumbo al bote.

Trasteó el motor para que encendiera. El viejo casco de metal tosió acatarrado.

Otro intento y carraspeó con fuerza.

A la tercera logró aclararse la garganta y arrancó. Primero con un adormilado pop, pop, pop. Luego más rápido. Popopopopo. El bote de un tirón enfiló hacia la costa, mientras Agustín, perdiendo el equilibrio, caía al fondo junto a los cestos de pescado.

—¡Deja que se lo cuente a Tina! ¡No me va a creer! —gritó por encima del ruido para que su padre lo oyera.

La aldea de pescadores se iba acercando cada vez más, con sus palmeras y sus casas de tablas coloreadas. A sus espaldas otros botes regresaban. Agustín respiró profundo, llenándose los pulmones de olor a mar y a pescado fresco, pensando feliz en la fiesta del día siguiente y en el maravilloso mes de vacaciones que le quedaba por delante.